

sin alma de ciertos compositores blancos.

Hemos de hacer la salvedad, de que no porque un autor sea de la raza blanca, ya sus obras han de ser ramplonas y sin sentido espiritual. Los hechos han probado todo lo contrario, pero también esos mismos han demostrado que por regla general, las composiciones dignas de tenerse en cuenta de éstos son, casi todas, puramente melódicas. Casi podríamos decir compuestas en un momento de tristeza del autor, en un momento en que el alma está apenada y, como es natural, la composición sale pura, sin matices superficiales que le den una forma ficticia.

Por el contrario, las obras de los maes-

tros, resultan, por lo general, agradables. Sea en el aspecto espiritual, o bien sea en el de sencillez. Nada de amalgamas. Simplicidad, ante todo. Y cuando éstas se colocan ya, en la parte que denominamos técnica, en ellas sobresale la base. Ello... aquella cosa o aquel sentido tan perfecto que le da a la estructura de la composición, por sus efectos de modulación, gusto, sentimiento y... en fin, lo que no sabemos explicar por ser cosa del espíritu, o mejor, que el autor lo lleva en el subconsciente.

Hemos de repetir nuevamente: en jazz, no existen los términos medios.

DUKE

Gerona, Abril 1947

El «Jazz» no es «Música de Baile»

Con más que alguna frecuencia escuchamos o leemos pareceres de gente profana en música —en ocasiones de diletantes y entendidos, lo que es peor—, en cuyas opiniones se refleja una especie de «bien quedar» con las familias sinfónicas y jazzística a un tiempo, diciendo de la primera que es muy buena para ser «escuchada» y de la segunda que está en su punto como trampolín para el «baile». Realmente, nada más desacertado por lo que al «jazz» se refiere. Visión estrecha y miope tienen quienes piensan así. Desconocen, por añadidura, la raigambre psicológica y fundamental del «jazz». El «por qué» del «jazz»; el «por qué» de su existencia, de su vivencial anímico. Ahondemos en las raíces emocionales del individuo, de la raza —hablamos de los negros— y notaremos que el alma tiene imperiosa necesidad de comunicar al exterior, al mundo que

le rodea, de sus anhelos más íntimos, de sus más íntimas alegrías y dolores. Por eso, hemos de fijarnos bien, cómo cuando un buen instrumentista de «jazz» improvisa en un «solo», parece como si hablara, como si «cantara» con el instrumento en vez de con la boca. El «jazz» es «algo más» que tocar lo que está escrito en el pentagrama. ¡Bien poco valdría si así fuese! El «jazz», repitémoslo, es el alma del artista aflorada en vibración melódica, en melodía viva, palpitante, emotiva. ¿Cómo hemos de creer que es tan sólo punto de apoyo para diversión y entretenimiento de parejas entrelazadas? Por nuestra parte, nunca se nos ha ocurrido ponernos a bailar escuchando las grabaciones de un Duke Ellington o de un Count Bassie. Lo consideraríamos herjeja imperdonable. Por otro lado, creemos que la tristeza la podemos sentir sin necesidad de llorar, y la alegría, igualmente, puede estar con nosotros sin que forzosamente tengamos que dar saltos.